DISCURSO INAUGURAL

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE SEVILLA

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1887

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE SEVILLA

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1887

POR EL DOCTOR

D. PRUDENCIO MUDARRA Y PÁRRAGA

MARQUÉS DE CAMPO AMENO

CATEDRÁTICO POR OPOSICIÓN

DE LITERATURA GENERAL Y LITERATURA ESPAÑOLA

SEVILLA

Imprenta y Litografía de José M.ª Ariza

calle de las Sierpes, núm. 19

1887



Excmo. Señor:

No á propios merecimientos, no á fortuítos azares de una suerte caprichosa, que sólo á terminante mandato de los que, por su autoridad y por el afecto que yo les consagro, pueden imponerme un verdadero sacrificio, debo el generalmente codiciado, aunque para mí temido y arriesgadísimo honor de hablar en nombre del Claustro universitario, inaugurando con mi modesto discurso vuestras preciadas tareas. ¡Pero qué dura compensación me habeis impuesto, señores, al concederme generosos distinción tan señalada! Llevar vuestra voz en este acto solemnísimo; desenvolver algún punto científico ó literario de manera que no desdiga de vuestro reputado saber; dejarme oir aquí, donde el recuerdo de los hombres eminentes, que en años anteriores me precedieron, así como el de los genios inmortales, cuyas cenizas guardamos en depósito sagrado, hacen que todo resulte descolorido; trazar despejadas sendas á una juventud entusiasta, que con el ímpetu propio de los pocos años se precipita en el desconocido campo de la ciencia, hermoso y regalado para el que entra con pié seguro; pero lleno de peligros y funestísimo para el que por atajos se interna en sus espesuras; y cumplir con este delicado encargo en el brevísimo espacio de tiempo que, por causas ajenas á vuestra voluntad ciertamente, pero no por ello menos apremiante y difícil, me habeis concedido, es, sin linaje de duda, muy superior á mis fuerzas y á lo que con fundamento teníais derecho á esperar de un compañero que todos vosotros conoceis. ¿Llegará vuestra bondad hasta el extremo de ayudarme á salir de situación tan comprometida? Un recurso queda á

vuestro alcance todavía y es el de otorgarme vuestra indulgencia sin tasa alguna, prometiéndoos yo en cambio ser tan breve que no tengais tiempo de olvidarla, y hablándoos de algo que á todos por igual nos interesa, de aquello que inspira siempre al profesor predilecciones singularísimas.

Por esta ligera indicación habréis comprendido ya que ni me refiero ni podía referirme más que á la hermosa ciencia de la Literatura, por todos utilizada, para todos indispensable, y sin la cual las más altas lucubraciones del sabio y los vuelos más atrevidos del genio resultan deficientes, cuando no entecos y desmayados.

No hace mucho tiempo, por cierto, que con honda pena oía el cuadro de las ciencias, que á vuestra consideración se ofreció en solemnidad idéntica á la de hoy. Con detenimiento un tanto prolijo, se os hablaba de la Jurisprudencia, de la Zoología, de la Historia, de la Filología, de la Química, de las Matemáticas, de la Metafísica y de la Medicina, sin que para nada se recordase la ciencia que sube al par de la Metafísica á las regiones del pensamiento y de las últimas razones de las cosas; que muestra mejor que la Filología y que la Historia los sentimientos é ideas que animan á los pueblos en las distintas épocas de su vida; que interesa á los hombres más que la Zoología, que la Química y que las Matemáticas, puesto que les enseña las gloriosas tradiciones y los bellos recuerdos que forman la elevación de carácter y la dignidad de las costumbres; que presta más utilidad que la Jurisprudencia al educar nuestros instintos para que se conformen espontáneamente con las leyes racionales que ésta da; y que, por último, aventaja á la Medicina encargada del cuerpo, cuanto el espíritu excede en alteza á lo que sólo es material. Sin razón, injusticia ó descuido imperdonables, que yo debo enmendar desde este sitio en nombre de la verdad, en nombre de la igualdad de las ciencias, ante el altar supremo de la sabiduría. ¿Qué fuera de los varios conocimientos humanos si la Literatura no les ofreciese el medio seguro de mostrarse con la precisión, galanura y gracia que los hace interesantes á todos, y por cuyos medios fijan nuestra atención, recrean el ánimo y proporcionan dulcísimos esparcimientos? Las verdades más trascendentales y de utilidad más reconocida, perderían parte de su encanto y serían un trabajo pesado para nuestra inteligencia, si la Literatura no les diera los atavíos y vistosísimas preseas con que han de llamar á las puertas de la imaginación para que ésta las acoja benévola. Ved lo que indefectiblemente ocurre, cuando por desgracia, se encuentran divorciadas la ciencia y las buenas formas literarias; el discurso, el folleto, el libro, la composición poética se nos caen de la mano y juzgamos errónea ó imperfectamente del fondo por la mala forma con que se les ha re-

vestido. Y si atendemos á las condiciones internas de esta ciencia, decidme, ¿cuál puede aspirar como ella á ennoblecer los ánimos, á purificar las costumbres y á elevar el corazón á la belleza por esencia, fuente perenne de todo gozo y término final de todo amor verdaderamente puro? Los mismos gentiles creyeron que sólo el arte que la Literatura abarca y estudia, había hecho nacer y propagar las ideas religiosas; y hasta la Mitología nos enseña, que ese arte únicamente hizo sociables á los hombres, les dió sentimientos humanos y piadosos, les desvastó su rudeza primitiva, les corrigió sus desenfrenados instintos y los movió suavemente al respeto de la moral y de la ley.

Por otra parte, señores, qué ciencia como la Literatura, tomando esta palabra en su sentido más lato, tiene el exclusivo privilegio de abrir de par en par las misteriosas puertas de las civilizaciones pasadas y ofrecernos en gallarda exposición las aspiraciones, progresos, desmayos é ideales del género humano, mostrándonos, ora el lánguido quietismo y el excepticismo dogmático, que á los indios habían de darles forzosamente sus panteísticas teogonías y su primitiva filosofía espiritualista, degenerada más tarde en un aniquilante misticismo; ora la clave para descifrar los adelantos y admirables progresos científicos de los Egipcios, cuyas nebulosidades y geroglíficos se van desatando lentamente, gracias á la ciencia que, al marcarnos el modo de ser de aquel pueblo original, evoca y levanta como por medio de mágico conjuro las rígidas momias que guardan su seculares Pirámides é Hipogeos para que contesten á las preguntas que la crítica les hace en orden al conocimiento de su pasado; ora la humana é interesante vida del pueblo griego con aquellos sus entusiasmos, patriotismo, valor, independencia y espíritu analítico; con sus grandes poetas, filósofos, historiadores y hombres públicos, que tantos modelos y enseñanzas dejaron á la imitación de las edades; ora el severo pueblo romano, destinado en los providenciales arcanos á enseñorearse del mundo todo y á prepararlo, aunque en singular manera, por las ideas vertidas en su literatura para la grandiosa trasformación que las doctrinas del Crucificado habían de imprimirle; ya el originalísimo y poético pueblo árabe con todos sus caracteres distintivos, como son las pasiones ardientes, los impetuosos deseos, los vivísimos arranques de amor y de venganza, las imágenes atrevidas y figuras hiperbólicas, que nos descubren una imaginación llena de fuego; ó bien, acercándonos á tiempos más inmediatos, nos pinta las vagas aspiraciones y los anhelos crecientes de los pueblos modernos, llevados por su insaciable sed de mejoramiento y progreso á romper los antiguos moldes de las sociedades que pasaron, fundando sus doradas ilusiones y risueñas esperanzas en las mágicas corrientes

que las ideas de igualdad, de autonomía y de libertad producen. Por esto oimos á un ilustre poeta italiano decir:—«Yo quiero encontrar un nuevo mundo ó ahogarme así como mi compatriota Colón».—Por esto se renuevan en Francia y en Inglaterra los prodigios que antiguamente sonaran en las encantadas liras de Orfeo y Anfión, escuchándose también en la tribuna pública las elocuentes y entusiastas ideas, que son patrimonio exclusivo de los pueblos en la primera época de su vida, ó cuando empiezan nuevos y desconocidos caminos en el constante mudar de las ideas: por esto vemos regenerada nuestra literatura nacional en los últimos tiempos, gracias á aquellos que, desde el campo de la proscripción ó de la desgracia, emplearon los enérgicos acentos que demandaban sus lastimados derechos, porque la literatura en toda circunstancia y condición refleja la savia, el espíritu y la vida interna que producen las trascendentales catástrofes y los pasos de gigante que da la humanidad, persiguiendo constantemente su perfección, y que, como en ninguna otra parte, se hallan exteriorizadas en las creaciones del genio. Pero sin duda alguna que ofendería vuestra ilustración si insistiera en demostraros lo que es claro como la luz meridiana para toda persona culta. Mis esfuerzos deben ir encaminados solamente á entresacar de ese amenísimo campo literario el tema que constituya el fondo de esta breve oración académica, para que, seducidos por su insinuante atractivo, no os fijeis demasiado en la pobre manera que tendré de desenvolverlo.

Confieso que, á seguir mis aficiones, trataría alguna de las muchas é interesantes materias que la literatura general comprende; pero por no darle á mi trabajo un sabor marcadamente abstracto y huir de todo lo que se parezca á influencias, relaciones, causas, consecuencias, etc. de las cosas á que la generalidad de los que discurren se encuentran siempre inclinados, voy á elegir un tema crítico de la literatura española, que brille sí por su importancia, pero que no cautive menos por lo definido de su extensión y carácter, contribuyendo de este modo, aunque en la modesta esfera que mis recursos consienten, á la gran obra, de que tan necesitada está nuestra historia, como hace poco tiempo me decía el eminente cuanto modesto sabio don Aureliano Fernández Guerra: «Tiempo es ya de ilustrar puntos concretos literarios en vez de retóricas declamaciones y fáciles generalidades; pues sin monografías bien estudiadas no puede haber historia de ningún género».

Ahora bien, Excmo. Sr.; las dos exigencias á que anteriormente me refería, las llena cumplidamente, en mi sentir, el discurso que se reduzca á formar un breve, pero completo y acertado *Estudio crítico del Arcipreste de Hita, comparándolo con Rabelais.*

Pocos escritores propios ó extraños han merecido de la crítica examen más apasionado que Juan Rùiz. Al ver la desdeñosa preterición á que le relega algún crítico extranjero de sereno juício é ilustración reconocida, por lo demás, diríase que los celos de nacionalidad le llevaban á negar la existencia literaria del coloso español que, en el siglo XIV, supo elevarse por su propio genio á una altura extraordinaria, oscureciendo el apagado brillo que á las veces despedían astros menores de luz prestada é indecisa. Cuando oímos calificarle de Petronio español y asistimos á la regocijada tarea de muchos que entresacan de sus obras la frase picante, el cuadro de color subido, la escena atrevida y resbaladiza, nos parece estar enfrente de aquellos rebuscadores de ajenas debilidades, siempre dispuestos á convertirlas en vitandos é imperdonables pecados, si recaen en clase ó persona respetable, que no imparciales y severos críticos, ganosos tan sólo de quilatar la verdad de las cosas. Si, por último, nos fijamos en aquellos nimios aristarcos, que van disecando uno por uno los versos todos de este gran poeta, para no fijarse más que en la palabra impropia, en la rudeza del lenguaje, ó en la falta de versificación, creemos achicada la misión del que aspira á dictar leyes al gusto, por prescindir de los tiempos, lugares y circunstancias, por desentenderse de la grandiosa esplendidez del conjunto y parar mientes, con mal disimulada delectación, en pequeñas imperfecciones, que muchas veces, y en contra de lo por ellos imaginado, hacen el efecto que produce siempre el lunar discreto en rostro de mujer hermosa.

¡Qué diferencia entre éstos y aquellos otros escritores nacidos para la investigación profunda y trascendental, ajenos al espíritu de escuela ó de bandería, y llamados á descubrir los elementos sustanciales de las civilizaciones, relacionándolos á maravilla con el tiempo y con las obras en que se manifiestan! Gracias á sus luminosos trabajos podemos apreciar hoy en su justo valor la significación del Arcipreste de Hita y restituirle al lugar eminente que desde luégo le señalaron los Clarús, Wolf, Dozy, Tiknor, don Tomás Antonio Sánchez, Quintana, Amador de los Ríos y otros más, que han dedicado sus talentos á la provechosísima cuanto poco apreciada labor de investigar los primeros pasos del genio castellano.

Pero entiendo que nos sería punto menos que imposible el delinear acertadamente la interesante silueta del *Cantor de sus amores*, si no echáramos una rápida ojeada sobre algunos de los elementos que en sus días se agitaban en el seno de la sociedad española y daban carácter especial á sus costumbres; sobre algunas de las influencias extrañas que se dejaban sentir hondamente en nuestra literatura y la sellaron con peregrino matiz; sobre la

época, en una palabra, que precede inmediatamente á la aparición de nuestro poeta y que nos explicará su variada representación literaria, ya que tenemos la íntima convicción de que todas sus culpas se reducen á convertirse en eco más ó menos fiel del medio ambiente en que vive, y que su objeto no fué otro sino el de ponderar los graves peligros que la disolución de los tiempos ofrecía á la inexperta juventud, ó á la inocencia tranquila y confiada.

Hechos de inmensa resonancia en la historia patria llevan á cabo nuestros antepasados durante el siglo XIII. Después de la temeraria empresa iniciada en Covadonga por los pocos españoles, dignos de este nombre, que tuvieron alientos para sobreponerse á la gran catástrofe, y de los inverosímiles adelantos hechos por las armas cristianas en la obra de titanes, que se llama la reconquista española, parecía pronta á terminar felizmente aquella magnífica epopeya, cuando las discordias civiles, que han sido en todo tiempo la verdadera causa de nuestro empobrecimiento y ruína, animaron de nuevo á los tenaces invasores, que en su delirio, imaginaban empresa fácil aherreojarnos para siempre á la más tiránica y odiosa servidumbre. Pero viene el siglo XIII y con él la batalla de Muradal, ó de las Navas de Tolosa, á la cual siguen en brillante sucesión las conquistas de Baeza, Mallorca, Córdoba, Valencia, Murcia, Jaen y por último Sevilla, con lo cual queda reducido el imperio musulmán en nuestro suelo á una mísera sombra de lo que anteriormente fuera.

Asegurada de esta manera la independencia patria, exaltada la realeza y venerada todo lo que por su historia y prestigio merecía; ansiosos reyes y pueblos de alcanzar en todos los órdenes, y principalmente en el intelectual, triunfos semejantes á los que lograban diariamente sobre la morisma, como lo acreditan entre mil hechos que omito por no hacerme prolijo, los vigorosos esfuerzos de Alfonso VIII, Alfonso IX de Leon, Fernando III, doña Berenguela y D. Alfonso el Sabio, que siguen la senda trazada en Aragón por el conquistador D. Jaime, creando estudios generales, protegiendo á todos los sabios y tomando ellos mismos una parte activa en aquel noble despertar, acudieron al fecundo campo de la cultura y del saber, bebieron sedientos en las cristalinas fuentes que su fé religiosa y política, su espontánea inspiración y sus hechos gloriosos podían ofrecerles, y no saciándose con esto su afanoso anhelo, traspasaron los límites de la propia cultura, recogiendo sin expurgo los frutos de la oriental, nacida en otro suelo y en otro clima; los indigestos y mal sanos de la clásica, propios de una civilización pagana; los prematuros y no bien sazonados de la provenzal, hijos del artificio, de la heregía y del despecho, y todos los que ensancharan el horizonte de sus

ambiciones intelectuales, aunque estuviesen en oposición con su espíritu, con su manera de ser, con sus tradiciones y su historia.

Fué así como se extendió el conocimiento de las ideas, doctrinas y costumbres indias, que, si por acaso nos dan enseñanzas filosóficas y morales rayanas á las verdaderas, por ser muchas de ellas el producto del buen sentido, en cambio nos ofrecen la afeminada molicie que corroe á todas las clases sociales de aquel pueblo y con ella los torpes deleites y los durísimos padecimientos á que están condenadas las capas inferiores, á la vez que el enervador reposo de los nobles, primero entre todos sus goces, con el cual, sin embargo, acompañan los mayores refinamientos del lujo y de la sensualidad, prodigando en la ornamentación de sus encantados palacios el oro y la pedrería; proporcionándose elegantísimas moradas, donde la vida se pasa ociosa y muellemente y estimulando de propósito los sentidos en los *genanas* de las mujeres con blandas músicas, cascadas y surtidores de agua, flores espléndidas é incitantes perfumes, cuya enervante atmósfera les hace saborear mejor los rebuscados placeres que sus hermosas cuanto desgraciadas esclavas pueden brindar, movidas de una pasión grosera en la cual el alma no tiene participación alguna.

Me direis quizá que este pueblo era conocido en parte antes del tiempo á que me vengo refiriendo; pero si os puedo hacer semejante concesión, en cambio no me es posible omitir que en el siglo XIII es cuando se hacen en España traslados, resúmenes y versiones más ó menos fieles de los famosísimos *Pantcha-Tantra*, *Pantcha-Pakyana* y libro de *Sendebar*, de las imitaciones de éstos, apellidadas *Kathamita-Nidhi*, *Hitopadesa*, el libro de *Calila y Dimna*, etc., y cuando especialmente se propagan los *Engannos e Assayamientos de las mugieres*, los *Bocados de oro*, *Poridad de poridades*, *Enseñamientos é castigos de Alexandre* y otros, que al mostrarnos su literatura, teogonía y filosofía, nos mostraban también el cuadro de su inmoralidad y degradación.

Cierto que con esas obras se propagó la *forma simbólica*, que tanta importancia tiene entre nosotros á partir desde esa época y que tan diestramente utilizó nuestro Arcipreste; pero el que se introdujeran nuevos y gallardos medios artísticos no impide el que con ellos viniera un fondo de ideas insanas que alguna influencia llegó á ejercer en nuestras letras, á parte de que la forma simbólica no nos era enteramente peregrina, como lo demostraría al reconocer los elementos de la literatura latino-eclesiástica, si no temiera distraeros demasiado del objeto principal.

Pero no es solo el Oriente el que se pone á contribución por nuestros

antepasados en el deseo de saber que de pronto los domina. La literatura clásica, que tantos prestigios alcanzó siempre por su incomparable forma, los tuvo mayores para los castellanos en aquel período de rudeza, y así fué que, sin ningún linaje de reserva, acudieron á ella enamorados de su brillante exterior; pero infiltrándose á la vez con el deletéreo virus de su corrupción y de su lascivia. Y no creais que exajero el entusiasmo clásico que entonces se despertó en España, ó la degradación ilimitada que aquella literatura desenterró. De lo primero os convencería el recuerdo de los muchos escritores que tradujeron, imitaron y se inspiraron en los poetas clásicos, y especialmente en Ovidio, al cual se le tuvo siempre entre nosotros especialísima simpatía; y por lo que toca á lo segundo, ¿qué más podré yo deciros que lo que nos enseña la historia, cuando casi avergonzada testifica que en aquellos tiempos de disolución y de moral ruína se erigen altares al adulterio, al incesto y á la sodomía, se escarnece toda virtud, se pisotea la dignidad humana, se ensalzan los crímenes de toda clase, y pareciendo poco aún, se gasta la ya embotada sensibilidad, fomentando los instintos más feroces con los sangrientos cuanto repugnantes espectáculos del circo? ¿Y qué había de ser en este pueblo la literatura en general, y sobre todo, aquellas ramas que más influencia ejercen en la multitud? Díganlo por mí Lactancio y San Cipriano, el primero de los cuales define la comedia: «Escuela de estupros y reprobados amores; y la tragedia, cátedra de incestos y parricidios», en tanto que el segundo describe el teatro con estos arranques de varonil elocuencia: «Me avergüenzo de referir lo que en la escena se dice; me ruborizo de acusar lo que en ella se hace: los engaños de los rufianes, las falacias de los adúlteros, las liviandades de las mujeres, las burlas de los truhanes, los inmundos parásitos y los mismos padres de familia togados, ya estúpidos, ya obscenos, siempre insanos y no pocas veces impúdicos.... Y cuando no se perdona por los malvados á ningún hombre, linaje ni profesión, se acude, sin embargo, á semejante espectáculo.... Deleita la común deshonra y es lícito reconocer tales vicios y aprenderlos. Como á magisterio de obscenidad se concurre á aquel lupanar del pudor público para que no se haga en secreto menos que lo que en público se aprende, y entre las mismas leyes se enseña todo cuanto las leyes prohiben.... Aquellas meretrices, á quienes su desdicha hundió en torpe servidumbre, las oculta el lugar de la pública lascivia y hallan consuelo á su deshonra en las tinieblas; aun las que vendieron su pudor se ruborizan de ser vistas. Mas este público monstruo se ostenta y ejecuta á vista de todos, dejando atrás la obscenidad de las prostitutas: ¡se ha buscado manera para que también adulteren los ojos...! A tanta

deshonra se junta otra condigna afrenta: un hombre que dobla en torpes movimientos todos sus miembros, varón más disoluto que la más voluptuosa mujer, que tiene por arte hablar con las manos, y, por tanto, uno que no sé si es hombre ó mujer, conmueve toda la ciudad para representar las fabulosas lascivias de las antiguas edades. De tal manera se ama todo lo ilícito, que cuanto el tiempo tiene escondido se reduce á la memoria de los ojos; ni basta á la lubricidad ejecutar los presentes extragos si no hace espectáculo de sus deleites, error en que habían caído también los pasados tiempos».

Estas enseñanzas y fuentes de inspiración se importaron en Castilla por el tiempo que venimos reconociendo, porque entonces fué cuando se extendió esa desapoderada afición clásica, á que anteriormente aludía. ¿Negaré yo por esto que somos deudores á las literaturas griega y latina, de formas tan perfectas como solamente en ellas podíamos encontrar? Ciertamente que nó; pero lo que importa á mi propósito es dejar consignado cuáles eran los elementos extraños que entre nosotros podía utilizar un escritor erudito durante el siglo XIV.

Ni paran aquí los malos ejemplos, si me permitís la frase, que se ofrecían á nuestros ingenios. La poesía provenzal, que tan á los principios y tan gallardamente se desenvolvió, merced á los beneficios de la paz, que por largo tiempo disfrutaron los provenzales, á la fertilidad de su suelo y apacible clima, adquirió también desde los primeros tiempos un tinte de amarga incredulidad, de atrevimiento desconsiderado, de sensualidad ardiente, de falsedad en el amor y de mordaz crudeza en la sátira, que su influencia había de ser perniciosísima en todo caso, y por lo que respecta á su fondo, como lo fué para los españoles durante las doce y trece centurias. ¿Ni qué otra cosa podía esperarse de poetas que, como Guillermo IX de Poitiers, primero conocido entre los provenzales, se mofa de los maridos engañados y califica de locos, vanos y ridículos sus celos, hablándonos á la vez é impúdicamente de las escandalosas aventuras en que él mismo toma parte? ¿Qué de una poesía en la que se encuentra el *Código de amor*, insertado por Raynouard en su obra de los *Trovadores y de las Cortes de amor*, en que se consignan leyes tan inmorales y desvergonzadas como las que calificaban de poco decente amar á aquellas damas, cuyo pudor las llevaba á desear las bodas; como la que sostenía que el matrimonio no es escusa legítima contra el amor, ó que el hombre puede ser amado por dos ó más damas y viceversa? ¿Qué de unos despreciables poetas como Bernardo de Ventadour, á quien se cita como modelo entre todos los cantores provenzales, que, habiendo nacido de condición humilde, y siendo educado con la mayor solicitud y paternal cariño por su

señor el Conde de Ventadour, le paga tamaños beneficios enamorando y solicitándole á su propia mujer, Adelaida de Montpellier? Y como si todavía no fuera esta colmada bajeza, solicita á Leonor de Guiena y se olvida de su primera infame pasión, al ver que la sin ventura Adelaida es encarcelada y sujeta á crueles tormentos por el celoso marido, tan ingrata é injustamente vilipendiado. No quiero presentaros más citas que abochornan: sólo recordaré que con estas extrañas y exajeradas ideas sobre el amor, mezclan monstruosas impiedades, al quererlas amalgamar con las ideas religiosas que habían de tenerse en el tiempo de las Cruzadas, y con rasgos satíricos y epigramáticos tan acentuados que, si llegan á contenerse á veces en límites tolerables en un Pedro Cardenal, en un Ogier de San Donato ó en el monge de Montaudon, en cambio en otras composiciones del mismo Cardenal, de Rambaldo de Orange, de Guillermo Figueira, de Raimundo de Castelnau y de otros, traspasan los diques que el espíritu de la caballería, el honor y el decoro marcan. ¿Qué otra cosa sinó hacen los que insultan groseramente al bello sexo en repetidos pasajes, los que maltratan al clero, calificándolo de falso, mentiroso y perjuro, los que dicen de él que olfateaba á los ricos al morir, como los buitres á la carne muerta y rogaban á Dios que aniquilara con sus rayos á la cabeza y jefe del mundo católico?

Pues hé aquí, señores, brevísimamente compendiados los elementos internos de cultura que los escritores castellanos del siglo XIV tenían á su alcance fuera de lo nacional y propio. Hé ahí las prestaciones y saludables influencias que, en orden á las ideas y á las costumbres, debían á las literaturas extrañas; estas son las corrientes que llevan las aficiones eruditas; este el aire que se respira; esta la moda que se propaga y arraiga; y en circunstancias tan graves y difíciles, y en situación tan peligrosa para la sociedad española es cuando aparece en la liza literaria el Arcipreste de Hita, Juan Ruiz.

Pues bien, Excmo. señor; si no perdemos de vista estos antecedentes, que por sí solos han de ilustrar tanto nuestro juício; si tenemos en cuenta el natural satírico y el humorístico genio del Arcipreste, junto con la causticidad, á que fácil y frecuentemente se inclinaba; si, por último, atendemos al objeto principal que persigue y á los medios que para lograrlo utiliza, preguntaremos con razón y sin temores. ¿Cuál es el grave pecado mortal que comete este poeta y que impide á la crítica severa concederle absolución?

¿Cuáles son los crímenes que santifica, las ideas disolventes que propaga, la inmoralidad que enseña, ó la profunda herida que infiere á la sociedad española? No es que yo desconozca la viveza de los colores que hallamos en su paleta, ó que niegue la posibilidad de un Arcipreste capaz de arrojar los hábitos clericales para vestirse el traje del libertino. Ejemplos ha habido, por desgracia, en este país clásico de los viceversas, y no sé si tendríamos que trabajar demasiado para encontrar alguno en nuestros tiempos. Lo que niego solemnemente es que Juan Ruiz se propusiese un fin inmoral en sus escritos; que su poema fuera en el siglo XIV piedra de escándalo, ni que dejara de producir los benéficos y loables resultados que su autor ambicionaba. Pero obliguémosle á que haga confesión general de sus culpas y pecados, exponiendo el argumento todo de su obra, y así juzgaremos con verdadero conocimiento de causa, si su nombre debe aparecer limpio y sin mancha, ó si habremos de relegarlo al olvido, cual triste reliquia de los tiempos bárbaros.

Como si su instinto le avisara de las tergiversaciones que, andando el tiempo, habían de darse á sus palabras é intención, procuró lo primero dejar sentado en el prólogo con que encabeza el poema cuáles eran sus verdaderos propósitos y cuáles los medios para realizarlos: «Et ruego et consejo á »quien lo viere et lo oyere, que guarde bien las tres cosas del alma; lo pri»mero que quiera bien entender é bien judgar la mi intençion porque la fis, »et la sentençia de lo que y dise, et non al son feo de las palabras, que se»gund derecho las palabras sirven á la intençion, et non la intençion á las pa»labras. Et Dios sabe que la mi intençion no fué de lo faser por dar manera »de pecar ni por mal desir, mas fué por reduçir á toda persona á memoria »buena de bien obrar et dar ensiempro de buenas costumbres e castigos de »salvaçion: et porque sean todos aperçebidos e se puedan mejor guardar de »tantas maestrias como algunos usan por el loco amor. Ca dise sant Grego»rio, que menos fieren al home los dardos que ante son vistos, et mejor nos »podemos guardar de lo que antes hemos visto. Et composelo otro si á dar »algunas lecçiones e muestra de metrificar et rimar, et de trovar: con trovas, »et notas, et rimas, et decades, et versos que fis complidamente segund que »esta çiencia requiere.»

Después de esta y otras muchas advertencias, encaminadas todas ellas á protestar de su buena fé y sanos deseos, invoca á Dios y á la Virgen María, cantando los siete gozos de ésta, como lo puede hacer el más ferviente cristiano, y pidiendo al Señor su gracia en la siguiente manera, llena de ingenuidad y sencillez:

Tú, Sennor Dios mio, que el homen crieste,
Enforma e ayuda a mi el tu açipreste,
Que pueda faser un libro de buen amor aqueste,
Que los cuerpos alegre, e a las almas preste.

Y preparado de este modo, por decirlo así, é importándole poco de la mala inteligencia que se dé á lo que escriba, por lo mismo que tan fácil es equivocarse cuando se quiere penetrar en el sagrado de las ajenas intenciones, como lo prueba con el precioso apólogo del doctor de Grecia y de Ribaldo romano, nos dice que los hombres deben distraerse y alegrarse en medio de sus cuidados, porque la tristeza trae consigo deplorables consecuencias. ¿Y qué cosa más á propósito para lograr este objeto, así como el de sentarnos la base de la relación y consideraciones que ha de hacernos después, que la de reseñar en una sola y feliz pincelada la aspiración unánime de todo hombre y animalía?

Como dise Aristoteles, cosa es verdadera,
El mundo por dos cosas trabaja: la primera,
Por aver mantenençia: la otra cosa era
Por aver juntamiento con fembra plasentera.

Hé aquí descubierto ya el terreno vedado á que acude nuestro poeta, y que tantas censuras y tan punzantes le han valido. Pero, dejando para después el anatema ó justificación que por ello merezca, prosigamos el análisis de sus mal entendidas poesías. En el deseo que le embarga de hacer perfectamente sensibles sus lecciones, se presenta él mismo como protagonista de las variadas y fabulosas aventuras que va á referir, y ponderándonos la gran afición que en su tiempo tuvo á las mujeres, como cualquier otro pecador, empieza su carrera de amores, dirigiéndose á una señora de buenas costumbres, de riqueza y calidad. Pero no puede hablarle á solas, rodeada de dueñas como se halla y le manda una cántiga, por medio de complaciente mensajera, á la cual contesta la dama negativamente con la fábula del *Leon enfermo y la raposa*, si bien le da el consuelo de escribir un triste dictado, en el cual pondere sus amores. Esto alienta las esperanzas del poeta, aunque los malos oficios de falsos y envidiosos amigos dieron al traste con todo por hacerle á ella perder la fé en las promesas de los hombres.

Entristecido el Arcipreste, y lleno de amargos desengaños con las cosas del mundo, comprende que todo es vanidad menos amar á Dios y servirle, y á ello se consagra con ardor. Pero considerando que

Si Dios quando formó el ome, entendiera,
Que era mala cosa la mujer, non la diera.

Y que, como dice la fabla,

Una ave sola, nin bien canta nin bien llora,

puso sus ojos en mujer *non santa* y, por consiguiente, más fácil, aunque con tan negra fortuna, que el amigo mensajero de quien se sirvió, comióse tranquilo la vianda, en tanto que á él le *fiso rumiar* su desventura. Tales contratiempos encienden más y más sus deseos amorosos, avivados indudablemente por la circunstancia de que él se considera nacido bajo el signo de Vénus y no puede sustraerse al imperio del amor, como nos dice en los siguientes versos:

Muchos naçen en Vénus; que lo mas de su vida
Es amar las mugeres; nunca se les olvida;
Trabajan et afanan mucho sin medida,
E los mas non recabdan la cosa mas querida.
En este signo atal creo que yo nasçí,
Siempre punné en servir duennas que conoçí,
El bien que me feçieron, non lo desgradecí,
A muchas serví mucho, que nada acabescí.
Como quier que he probado mi signo ser atal
En servir á las duennas punnar e non en al;
Pero aunque ome non goste la pera del peral,
En estar a la sombra es plaser comunal.

Esta fuerza del *siııo*, que le obliga á consagrarse al servicio de las dueñas, le da ocasión para hablar largamente del influjo de los astros, revelándonos lo conocida que le era la ciencia oriental, y mostrándonos á la vez las radicales y singularísimas trasformaciones que el amor hace en los que como él han nacido bajo el influjo de Venus, tales como las de convertir al rudo en ingenioso, en hablador al mudo, en atrevido al cobarde, en ligero al perezoso, al viejo en joven, etc. Apesar de semejantes beneficios, el amor emplea siempre el lenguaje de la mentira, lo cual no es parte para que nuestro héroe deje de intentar un nuevo lance amoroso con dama tan principal y tan apuesta como soñara su deseo. La contestación á las cántigas que él le envía las expresa el desdeñado amante, poniendo en boca de su amada, entre otras bien acordadas razones, la muy cristiana que sigue:

Et non perderé yo á Dios nin el su paraiso,
Por pecado del mundo que es sombra de aliso.

Tan repetidas quiebras amorosas harían desmayar al más entero y decidido campeón; y así es que Juan Ruiz se retira á sus tiendas, resignado con su adversa suerte, cuando en sueños se le aparece Don Amor, tratando de darle nuevos alientos, lecciones y consejos, necesarios para lograr los frutos apetecidos.

No era esta, por cierto, la coyuntura más propicia para recibir con mimos á semejante huésped, por lo cual el poeta lastimado le dice, sin ningún linaje de miramientos, que se retire inmediatamente de su vista, que él es la causa de todos los males que afligen al mundo, incapaz de salvar á un solo hombre, aunque puede matar á cien mil, perdiéndolos en cuerpo y en alma, autor de los siete pecados mortales y de los más atroces crímenes cometidos por el género humano; en una palabra, amontona sobre Don Amor tan duras invectivas y sangrientos dardos, vigorizados los unos y las otras por los oportunos y expresivos apólogos que escoge para hacerlos más punzantes, que sólo los resistiría con calma el que á todo trance quiere conseguir la victoria sobre su enemigo y no hay sacrificio ni humillación que no esté dispuesto á realizar.

Lejos, pues, de enfurecerse contra el airado Arcipreste, le contesta el Amor con gran comedimiento, diciéndole que la culpa de todo es de quien ha querido ser maestro antes que discípulo, obrando por su cuenta y riesgo, sin acudir á él como debía demandándole consejos y protección.

No á todas las mujeres conviene pretender, sigue diciéndole el Amor; y para que los esfuerzos del enamorado lleguen á término feliz, es preciso ante todo saber elegir mujer que reuna las siguientes condiciones:

Cata muger fermosa, donosa et lozana,
Que no sea mucho luenga, otrosí nin enana;
Si podieres, non quieras amar muger villana,
Que de amor non sabe, es como bausana.
Busca muger de talla, de cabeza pequenna,
Cabellos amarillos, non sean de alhenna,
Las çejas apartadas, luengas, altas en penna,
Ancheta de caderas; esta es talla de duenna.
Ojos grandes, fermosos, pintados, relusçientes,
Et de luengas pestannas bien claras e reyentes,
Las orejas pequennas, delgadas para al mientes,
Si ha el cuello alto, atal quieren las gentes.
La nariz afilada, los dientes menudillos,
Egoales, e bien blancos, un poco apretadillos,
Las ensivas bermejas, los dientes agudillos,
Los labros de la boca vermejos, angostillos.
La su boca pequenna asi de buena guisa,
La su faz sea blanca, sin pelos, clara e lisa,
Punna de haber muger que la veas de prisa
Que la talla del cuerpo te dirá esto á guisa.

¿Y cuáles habrán de ser los medios convenientes para lograr el amor de una mujer semejante? Inútiles serían los afanes todos de un enamorado si

no tuviera una grandísima actividad unida á una perseverante constancia:

> Por la peresa pierden muchos la compannía
> Por peresa se pierde muger de grand valía.

Y para corroborar estas afirmaciones nos presenta el ejemplo de los *dos perezosos que querían casar con una dueña*, y el de don *Pitas Payas*, pintor de Bretaña, que están llenos de gracejo, de intención y de cordura. Pero todavía más que la diligencia encarece al que enamora, que sea dadivoso y espléndido, porque el dinero hace milagros inauditos, tales como los que realiza en la curia romana, cuyo recuerdo ofrece pretexto al Arcipreste para lanzar una despiadada filípica contra la Córte de los Pontífices, que resulta todavía más viva, por referirse en ella á la de Aviñon, en donde la severidad y la rigidez dejaban bastante que desear.

Otras muchas recomendaciones le hace el Amor, como la de que sea reservadísimo en asuntos mujeriles, que guarde en todo las formas, y que huya del vicio de la embriaguez para que no le suceda lo que al ermitaño, que por causa de ella perdió su alma. Si pone en práctica estos buenos consejos, le asegura un éxito brillante, anunciándole, por último, que su criado Pánfilo y su mujer doña Venus vendrán á visitarle muy pronto, dándole nuevas y circunstanciadas instrucciones.

Cuando el Arcipreste despierta de aquel sueño que tantas esperanzas le infundía, invoca á doña Venus, la cual añade, en efecto, á las anteriores otras advertencias, como la de que no se retraiga ni acobarde por la repulsa que de una mujer reciba, sino que, al contrario, debe entonces redoblar sus esfuerzos, empleando los seguros medios del arte y de la más refinada astucia. Esto lo acaba de decidir, pero con miedos y temblores, sin embargo, se dirige bajo el nombre de *D. Melón de la Huerta* á una vecina viuda y bella, que se llama *D.ª Endrina*, la cual rechaza sus declaraciones amorosas con tal desdén que, empleando sus palabras, no valen para ella dos piñones. Pero la insistencia de él, y el aire de sentimiento y de verdad que da á sus palabras, hacen que al fin se ablande la viuda, quedando concertados para verse á solas. No contento aún con este triunfo, le exige D. Melón la promesa de que en lugar oportuno le dará un abrazo en prueba de su amor; pero ella, indignada, desdeña la propuesta, persuadiéndose él con esto que ha ido demasiado lejos, y buscando en su auxilio una Trota-conventos para que reponga las cosas al estado próspero que antes tenían. Bien pronto tropieza á la vieja «que el avia menester, artera e maestra e de mucho saber», con la cual tiene un ingenioso y chispeante diálogo, en que respectivamente se prometen largas albricias y servicios cuidadosos. Para probarle la vieja tercera que no

eran baldías dichas promesas, empieza su obra de seducción por salir á la calle sonando cascabeles y vendiendo joyas, sortijas y otras bagatelas, que excitan la curiosidad de D.ª Endrina hasta el punto de llamar á la vendedora. Desde ese momento despliega ésta tal lujo de malicia, de habilidad y de arte, que poco á poco va haciendo mella en el ánimo de la viuda, ya presentándole al galán con simpático atractivo, ya poniéndole ejemplos que la convenzan, como el de la *abutarda et de la golondrina*, el cual es contestado con el original del *lobo y de la puerca*, ya haciendo, en fin, tales prodigios de ingenio, que al cabo accede la viuda á verse con D. Melón en la casa de la buhona, donde, para su desgracia y remordimiento, queda miserablemente burlada.

Tan atrevida le parece esta aventura al Arcipreste, que, no atreviéndose á cargar con la responsabilidad de la invención, consigna al acabarla:

Si villanias he dicho haya de vos perdon
Que lo feo del estoria, dis Pánfilo y Nason.

Esta es la única aventura amorosa coronada de éxito en el poema que venimos examinando, y le sirve para dar severísimas lecciones y consejos á las dueñas, ponderándoles los peligros que ofrece la sociedad y las arterías de que se sirven las gentes con el fin de alcanzar sus ruínes y menguados deseos, diciendo además, por si todavía no se ha comprendido bien su intención:

Entiende bien mi estoria de la fija del Endrino
Dijela por te dar ensiempro, non porque á mi vino.

No paran aquí, sin embargo, los amorosos desvelos del que nació bajo el influjo de Venus, sino que, auxiliado siempre por Trata-conventos, y sin darse punto de reposo, vuelve los ojos á una dama principal y distinguida, cuya muerte le sume en la más profunda desesperación. Entonces se encamina á las sierras de Lozoya, como para distraerse de los devaneos de las ciudades, y esto ofrece un nuevo y fecundo campo á su maleante condición.

Pero las pastoras y zagalas que Juan Ruiz encuentra en aquellas agrestes montañas no se distinguen por su aguda inteligencia como las que pintan los poetas provenzales, ni están adornadas de aquellas virtudes y gracias que los griegos y latinos dieron á las suyas: rústicas y montaraces, desconfiadas y maliciosas, aunque con un fondo de hidalguía que caracteriza á nuestros campesinos, si tienen algún rasgo de bondad, ó consagran algún agasajo al Arcipreste, es con la esperanza de que él les dará muestras de su reconocimiento y largueza, apareciendo así unas pinturas tan naturales, frescas y lozanas de aquellas vaquerizas, como sólo pudiera hacerlas más tarde el ilustre Marqués de Santillana.

Persuadido el Arcipreste de que lo mismo en el campo que en la ciudad el amor y el dinero son iguales, y que llevan siempre como secuela desastres y ruído, se vuelve á Dios nuevamente y se encamina á la ermita de Ntra. Sra. del Vado, en donde canta á la Virgen con una unción digna de Gonzalo de Berceo, y en donde recuerda la pasión del Salvador para que nos sirva de regla en nuestra vida cristiana.

Una vez cumplidas estas piadosas prácticas, y acercándose el tiempo santo, se retira á su casa para descansar de tantas fatigas, cuando recibe dos cartas de *Doña Cuaresma*, desafiando en una de ellas á *Don Carnaval* y exigiéndole al Arcipreste la otra que, juntamente con los demás Arciprestes y clérigos, se prepare á la campaña que contra aquel enemigo van á librar hasta el Sábado de gloria. Juan Ruiz avisa á Don Carnal del grave peligro que corre, y entonces éste convoca á todos sus parciales y aliados, entre los que se cuentan los pollos, faisanes, gallinas, cabritos, jabalíes, liebres, etc., armados de toda clase de instrumentos de cocina, y se reunen con temor, pero dispuestos á morir por defender la causa de su legítimo rey y soberano. Comen y beben opíparamente, y, aletargados y dormidos, los sorprenden en medio de sus reales las aguerridas huestes de Doña Cuaresma, que en su sed de venganza y de exterminio, no dejan vivos á ninguno de sus contrarios, si no es á Don Carnal, que ponen preso, y á Don Tocino y á Doña Çeçina, que mandan colgar tan altos como atalaya. Eran de ver, nos dice el poeta, los rasgos de valor y el heróico esfuerzo que desplegaron en esta jornada los atunes, sardinas, anguilas, sábalos, albures y demás gentes de mar y de río, que entusiastas defendieron á su soberana. Don Carnal, herido y preso, no puede comunicarse con nadie, exceptuando tan sólo á un fraile, que lo convierte fácilmente y lo confiesa, imponiéndole la durísima penitencia de que no coma más que lentejas, espinacas y habas, guardando los viernes á pan y agua. Con esto el poderío de Doña Cuaresma se extiende y consolida, hasta que el Domingo de Ramos, y en unión con Don Ayuno, se escapa el prisionero y se esconde en la aljama de los judíos. Al propagarse esta noticia, tiembla Doña Cuaresma, abandonada á la vez de sus parciales, y sin esperar á más, llegado el Sábado Santo, se marcha en peregrinación á visitar los Santos Lugares, con lo cual el Carnaval y el Amor, que es su compañero inseparable, recobran en el mundo su antiguo poderío. Lo primero que se ocurre á estos soberanos es entrarse por tierras de Castilla, y á recibirlos y vitorearlos salen frailes, clérigos, abades, arciprestes, beatas y monjas, declarándose todos ellos sus partidarios entusiastas; pero como Juan Ruiz era antiguo vasallo de Don Amor, fué el que re-

cibió mayores distinciones, mereciendo la singularísima honra de que se albergara en su tienda y le contase las aventuras que durante el invierno le habían sucedido en Andalucía. Márchanse después ambos huéspedes, resueltos á visitar la feria de Alcalá y á recorrer todo el mundo, mientras que nuestro poeta queda cuidadoso, aunque con alegría y con deseo de tentar nuevas aventuras amorosas.

Con este fin llama á la complaciente Trota-conventos, que lo inclina á una viuda lozana y rica, y seguidamente á una beldad muy devota; pero, rechazando una y otra sus locas pretensiones, le dice la vieja, que haga el amor á una monja, «porque quien á monjas non ama, non vale un maravedí». Préstase á ello Juan Ruíz, y Trota-conventos le pone la puntería á D.ª Garoza, que era mujer de buena vida y sentido sano, entablándose entre una y otra, largo y sabrosísimo diálogo, que lo hacen más interesante todavía las fábulas y ejemplos que introducen, como el del *hortelano y la culebra;* el del *galgo et del señor; el mur de Monferrado et del mur de Guadalaxara;* el del *gallo que falló el zafir en el muladar* y otros; dando todos estos discreteos por resultado el que se comuniquen y entiendan D.ª Garoza y el Arcipreste. Pero estos amores eran puros y santos, como el alma de la monja, de la cual dice el poeta:

Mucho de bien me fiso con Dios en limpio amor
En cuanto ella fué viva, Dios fué mi guiador,

y cuya pureza y santidad, libre de la más ligera sombra de pecado, conservaron siempre, hasta que la muerte de esta virtuosa mujer dejó sin escudo al Arcipreste. De nuevo quiere la medianera que su protegido se dedique á una mora para hacerle recorrer así las mujeres de toda clase y condición, cuando el fallecimiento repentino de la vieja varía las cosas, así como las ideas del poeta, que se limita exclusivamente á declamar contra la muerte despiadada y á escribir un sentido epitafio, en el cual pide un *Pater noster* para la pobre pecadora.

El poema termina hablándonos de las armas que debe usar todo cristiano para vencer al mundo, al demonio y á la carne, diciéndonos también cuáles son las propiedades que tienen las dueñas chicas y la manera de entender su libro, no sin advertirnos, al concluir, que sólo para dar solaz, á la vez de enumerar los peligros del mundo, escribe y relata en juglería.

Ya tenemos expuesto, aunque sólo á grandes rasgos, todo el plan del Arcipreste de Hita y con él los fundamentos de las gravísimas acusaciones que se le dirigen. ¡Este es el escritor inmoral, cuyas obras debieran desapa-

recer en interés de las buenas costumbres, y cuyas formas literarias distan tanto de la anhelada perfección!

Pero examinemos también á la ligera uno y otro extremo, y fácilmente llegaremos á adquirir la convicción de que sólo el apasionamiento ó la mala fé son los que pueden engendrar esas afirmaciones exajeradas.

El Arcipreste de Hita se presenta en la liza literaria, como tengo dicho anteriormente, en la primera mitad del siglo XIV; trae enhiesta la acreditada bandera de la erudición, hasta el punto de no omitir ningún elemento de cultura de los que las literaturas extrañas podían ofrecerle; aspira á corregir por medio de la sátira, principalmente, las viciadas costumbres que de día en día se propagan; considera remedio eficaz para ello ir descubriendo las llagas sociales, menos conocidas cuanto con formas más seductoras se ocultaban; vigoriza sus enseñanzas inmolando su propio nombre para hacerlas más tangibles, y el resultado de su provechosísimo esfuerzo fué el moral y variado poema que acabamos de examinar.

¿Ni qué otra cosa sino moralizar se propone el que en vez de adornar el vicio con las vistosas apariencias de la virtud, ocultándolo á las miradas de la inocencia, lo hace aparecer á nuestros ojos tal como es y despojado de los ajenos atavíos con que, hipócrita, se engalanara? ¿Cuándo fué antepuesto el médico que busca una cicatrización falsa y superficial, á el otro que, conociendo la gravedad y consecuencias de la úlcera rebelde, no la descuida ni abandona mientras no ha hecho desaparecer todos los gérmenes morbosos que contiene? ¿Quién que no tenga vivísimos deseos de corregir y de enmendar nos dice, como el Arcipreste lo hace, estos son los medios de que se sirve el mal para infiltrar su veneno y este es el antídoto para hacerlo ineficaz de todo punto?

Algo es ya para convencernos de su sana intención, y dejando aparte la lectura imparcial de su poema, el carácter sacerdotal que le distingue. Pero mucho más es todavía la sentida invocación que hace á Dios y á la Virgen para que le ayuden y le hagan salir airoso de una empresa que estaba erizada de dificultades, por lo mismo que era posible echar á mala parte sus palabras. Mucho también habla en pró de su sinceridad y buena fé, el que no tenga inconveniente alguno en dar al libro su propio nombre, y hasta hacerse él mismo protagonista de aquellas escenas, cuando le hubiera sido facilísimo emplear un pseudónimo, como más tarde hicieron algunos otros clérigos, y no por motivos de apariencias tan graves ciertamente; y sobre todo, señores, disculpa por completo á Juan Ruiz el candor y la sencillez de aquellos tiempos primitivos, que permitían llamar á las cosas por sus nombres propios,

sin que nadie se escandalizase, mientras que en los actuales no toleramos en nuestra conversación ni en el escrito una palabra que pueda ofender los más delicados oídos, mientras que nos parecen de perlas las incitantes descripciones, el equívoco sospechoso, la alusión intencionada ó el chiste de contrabando que oímos todos los días en el teatro, ya que no estemos dispuestos á disculpar también y hasta agasajar con nuestra admiración y visto bueno el desenfreno de las gentes puestas en alto, ó el descoco de aquellas otras que hacen su profesión del más ruidoso descaro.

¿Y cómo se explica entonces, me preguntareis, que el Arcipreste se inclinara á emplear situaciones y lenguaje que en manera alguna se avenían con su intención y propósitos? Hay que no perder de vista para contestar á esta pregunta: los materiales que, como ya hemos indicado, le suministraban las literaturas oriental y clásica, en las cuales aparece la mujer muy por bajo de la condición y altura en que el Cristianismo la colocó, como objeto de placer solamente y sin la bastante dignidad para rechazar lo que á su decoro se opone; la pintura que los provenzales hicieron de sus damas, elogiadas sobre toda ponderación, pero fáciles y lascivas hasta el extremo de importarles poco hallarse ligadas por los vínculos del matrimonio, si de satisfacer sus caprichos amorosos se trataba, y la costumbre constante y universal, á que nunca se faltó en aquellos tiempos de andante caballería, y que era como un sagrado canon para todo poeta y caballero, de tener damas ó fingirlas, porque solamente á ellas se les debían consagrar los afectos, ternezas y deseos, porque su imagen únicamente podía servir de fuente de inspiración y de garantía al caballero para presentarse erguido en los torneos y combates, seguro de obtener la anhelada victoria, desde el punto en que supersticiosamente la invocaba, pidiéndole su valiosa y decidida protección. Tan respetada era esta costumbre, que los hombres más graves y sesudos, aquellos que por su vocación y estado se hallaban á más distancia de este género de vida, cayeron también en la tentación y escribieron muy satisfechos en loor de su linda enamorada. Únase á esto el objeto que Juan Ruiz se propuso de pintar el vicio con los colores más vivos para que llegara á inspirar en la juventud repugnancia y asco; el que las costumbres iban empeorando progresivamente y se necesitaba emplear el lenguaje apropiado para retratarlas, y más que todo, sin duda, que el Arcipreste, por su condición de sacerdote, no solamente conocía las faltas y pecados que salen al exterior y dan carácter á las públicas costumbres, sino también aquellos impulsos recónditos del alma, que casi se ocultan á la propia conciencia, pero que se dicen á los piés del confesor para que éste nos absuelva, de un simple conato quizá,

á veces no consentido, aunque siempre punza en el alma y avergüenza cuando se le recuerda. Este fué, y no tememos equivocarnos, el campo más fecundo á que acudió nuestro poeta, porque ninguno como él podía ofrecerle ejemplos de pecado más originales, ingeniosos y temibles, á la vez que eficacísimos avisos y enseñanzas.

No es, pues, que el Arcipreste nos diera en las costumbres disolutas, que alguna vez describe, las de los castellanos de su tiempo, sino que, tomando algo de la realidad, aumentó y detalló el cuadro con desconocidos perfiles, que sacó de su fantasía, ó del terreno de las ajenas intenciones, no vedado para él.

Por otra parte, y esta consideración es de una verdadera importancia. ¿No habeis observado que de todas las aventuras referidas solamente una llega á feliz ó infeliz término, según querais llamarlo? Y como si apesar de ello le pareciera peligroso el ejemplo, nos dice que está tomada de Ovidio, y que sólo la introduce en su narración para que sirva de aviso y de enseñanza. Hasta da á los héroes nombres extranjeros, con lo cual parece indicar que esas escenas escandalosas no estaban bien colocadas en esta tierra española. Sin que se nos tache de pesimistas, podremos creer que entonces, como en todos los tiempos, habría en Castilla crédulas Endrinas, pero no era lo corriente, si es que juzgamos por esta obra, visto que todas las puertas á que llamó Juan Ruiz estaban cerradas á piedra y lodo. Más puede decirse todavía: aquella monja Doña Garoza, solicitada con fines pecaminosos, no solamente rechaza las proposiciones que se le hacen, sino que llega á purificar con el santo aroma de su virtud los livianos deseos del profano amante. Del mismo modo se muestran dignas de nuestra legendaria severidad y reputación aquellas altivas damas, respetables por su calidad, á quienes se dirigen tentadoras insinuaciones, aprovechándose de esta circunstancia el Arcipreste para reflejar en su poema lo que era verdaderamente nacional, conviene á saber: el espíritu religioso, manifestado de igual manera en los loores á la Virgen ó en los himnos al Señor, que en las cristianas consideraciones y en los escrúpulos de conciencia de que á cada instante alardean sus distintos personajes; el espíritu caballeresco un poco degenerado por las extrañas influencias y por la decadencia de los tiempos, pero vigoroso, sin embargo, para hacer justicia á la mujer digna y entera á que se alude en aquellos nobles versos,

Sabe Dios, que aquesta duenna, e quantas yo vi,
Siempre quise guardarlas, et siempre las serví,
Si servir non las pude, nunca las deserví,

De duenna mesurada siempre bien escrebi.
Mucho seria villano e torpe pajés,
Si de la muger noble dixiese cosa refés;
Ca en muger lozana, fermosa e cortés
Todo bien del mundo, e todo plaser es;

la sana doctrina y la austera moral, que eran, por decirlo así, ingénitas en el pueblo castellano, y que, como en ninguna parte, se encuentran expuestas y aplicadas en el poema del Arcipreste, ora tomen las formas simbólicas del apólogo oriental, magistralmente cultivado por nuestro poeta, ora las satíricas, que tan á propósito son para este linaje de enseñanzas, y que tan bien se conformaban con la índole especial de su ingenio y su carácter.

Podemos, pues, decir, en vista de estas ligeras indicaciones, que no extendemos más por no hacernos prolijos, que el fondo de las poesías escritas por Juan Ruiz es perfectamente nacional y cristiano; que su intención y propósitos son tan puros como corresponden á un sacerdote ejemplar, y que la libertad en las aventuras, formas y lenguaje, que á veces emplea, eran tomadas de extrañas civilizaciones y las más á propósito, por otra parte, para ofrecer al vivo las deplorables consecuencias del vicio, llamando la atención de los inadvertidos sobre los muchos peligros y asechanzas que por todas partes se tendían á su virtud y candor.

Deliberadamente me he detenido en el punto relativo á la moralidad ó inmoralidad de Juan Ruiz, porque es el más importante entre todos los aspectos bajo los cuales puede examinarse, y en atención á los muchos que se complacen en achicar su figura, dándole falsos colores, por lo mismo que es un clérigo el que escribe; pero si en este terreno vemos la injusticia y la saña con que ha sido tratado, veamos cuál es el lugar que le conceden al estudiarlo con relación á su época y los medios artísticos que entonces se conocían.

No ya críticos extranjeros, sino diligentísimos escritores nacionales han prescindido por completo de la significación literaria que alcanza en nuestra historia el Arcipreste de Hita Juan Ruiz, y, en su injusticia ó descuido, han llegado hasta el extremo de no citar siquiera su nombre, cuando hablaron de los ingenios correspondientes al siglo XIV. En este número hay que contar al profundo investigador de nuestras glorias literarias, D. Nicolás Antonio, que cometió mayor pecado que otro cualquiera crítico, por lo mismo que su erudición era inmensa y *hercúleo* el esfuerzo de que dió muestras en sus *Bibliotecas*. Y dicho se está que la autoridad legítima de un tan respetable varón había de influir poderosamente en contra de nuestro poeta, que siguió desconocido, ó lo que es peor todavía, indignamente ultrajado. No solamente se

le hizo reo del crimen de inmoralidad, de que hemos hablado ya, sino que se despreció su poema por lo rudo y descosido, por lo inarmónico de su estructura, por las inútiles é impertinentes disgresiones, etc., llegándose á conceder cuando más que, sin ser feliz en la versificación, manifiesta ingenio, viveza y gracia en los pensamientos, probando con sus alegorías, apólogos y sátiras cuán olvidado estaba en sus días el *simplex duntaxat et unum*.

Es evidente que tamaña injusticia, unida á la ignorancia que revelaba, no podía subsistir largo tiempo, y así es que han aparecido gran número de críticos nacionales y extranjeros que, teniendo en cuenta los defectos de sus poesías, anejos á la época en que se produjeron, no han dudado en calificarlo de la manera más ventajosa y entusiasta, diciendo que su obra tuvo en el siglo XIV la misma significación que el *Quijote* del inmortal Cervantes en el XVII; que él es el primer poeta castellano conocido y el único de la antigüedad que puede competir en su género con los mejores de la Europa, y acaso no inferior á los más renombrados de los latinos, y que por el estilo, por la sátira, por la ironía, por la agudeza, por las sales, por las sentencias, por los refranes de que abunda, por la moralidad y por todo merece un lugar preeminentísimo entre los ingenios españoles de primer orden.

En vista de estos contradictorios juícios, ¿qué hemos de pensar respecto á su mérito como escritor? Reunión incoherente, sin orden y sin trabazón de ningún género ha dicho alguno que pueden llamarse las obras del Arcipreste. Pero se necesita no haberlas leído con detenimiento, ni con verdadero espíritu crítico, para desconocer el objeto uniforme que en ellas campea, el fin común á que todas tienden y el perfecto y estrechísimo engranaje de las varias ruedas que hallamos en aquella complicada maquinaria. Verdad que hay elementos tan heterogéneos que parecen de todo punto incomposibles, pero ahí está el relevante mérito del poeta, que sabe ponerlos á contribución para que resulten hábilmente retratadas las costumbres de las distintas clases sociales; verdad que en no pocas ocasiones pasa violentamente del tono místico que corresponde á un poeta cristiano á los agitados aires del amor mundanal, pero ahí está el disimulado artificio del que junta esos diversos impulsos del corazón para que por el contraste abominemos la vanidad del último; verdad que á primera vista pueden encontrarse otros poemas en que resalte más la unidad de acción, pero en ninguno, si se exceptúa la *Divina Comedia* del Dante, desenvuelta con la misma trama, es más íntima, más natural y, sobre todo, de mayor efecto artístico. Juan Ruiz aparece en primer término en todas las aventuras que narra; él es el que las intenta y él el que sufre los descalabros; él expone sus deseos pecaminosos, y nos dice en se-

guida las funestas consecuencias espirituales y corporales que por ello le sobrevienen ó pueden sobrevenirle á quien los abrigue; él, en una palabra, da tal cohesión y funde tan suavemente sus doctrinas y enseñanzas, el saber antiguo y las nuevas conquistas científicas, el cuadro de las españolas costumbres y el de las nobles aspiraciones que con él tenían los interesados en la pública moralidad, que lo digo con profunda convicción: no hay en España, y muy pocos en otras literaturas, comparables con él en este punto concreto.

Ni se opone á dicha condición el que encontremos muchos y variados episodios, porque es elemental que éstos caben perfectamente dentro de la unidad, si están desprendidos de la misma naturaleza del asunto, si contribuyen á realzar la belleza de la composición y si tienen la brevedad conveniente, cuyas condiciones todas es preciso reconocer en los que el Arcipreste intercala.

¿Y cómo llena por lo demás las otras exigencias señaladas á un poema, por el buen gusto y la más severa preceptiva? La integridad es completa y clarísima, de tal manera, que el principio, medio y fin están admirablemente deslindados, pudiéndose observar que el poeta empieza su narración cuando le conviene empezarla para pintar un individuo que vive en la sociedad de sus tiempos y en la edad más peligrosa, que sigue los caminos adecuados y, mejor diré indispensables, para avisarlo diestramente de las asechanzas que le rodean, y que, por último, consigue el fin que se propone, reducido á bosquejar un vigoroso cuadro de doctrina y de costumbres.

El interés que se desprende de esta lectura no tenemos para qué ponderarlo; aparte de que en todo tiempo y sazón es interesantísimo conservar la pureza del alma y vivir con el sosiego y la paz que proporciona una tranquila conciencia, á cuyo fin van encaminadas estas narraciones, es tan palpitante la curiosidad que se despierta en nosotros cuando empezamos á saborear alguna de sus originales aventuras, y los avisos que nos suministra como precaución y remedio, que difícilmente nos contentamos hasta llegar al fin. Y eso que hoy luchamos con la rudeza de formas y con lo arcáico del lenguaje en que está escrita la obra.

Sólo en lo relativo á la exigencia de que la acción sea admirable puede encontrarse alguna deficiencia; pero no podemos perder de vista, sin embargo, que es un fin didáctico el que el autor se propone y consigue; que el elemento de la máquina ó maravilloso no puede introducirse en la poesía moderna como en la antigua se hacía; y que apesar de todo, Juan Ruiz utiliza las reminicencias mitológicas para que *D. Amor* y *D.ª Venus* hagan en su composición un importante papel y le den ese aire sobrenatural que tan

bien cuadra en esta clase de poemas. Además, que las ideas de religión tenidas en la época del Arcipreste, así como las de hoy, hacen que el poeta deba limitarse á descubrir la acción de la providencia en el mundo, de cuya existencia tenemos seguridad, aunque ignoramos la manera en que se manifiesta, y á que no se diga nada temerario, sino acomodado á la doctrina verdadera y á la persuación común de los hombres, para que lo narrado sea verosímil. Cierto que en las formas externas se halla á bastante distancia de lo que hoy podemos y debemos exigir; que en sus chistes y en su estilo hay oscuridad, candorosa sencillez y desaliño, no acomodándose al gusto y á las ideas de nuestra época el modo de pintar y definir los objetos, como dice la Real Academia española en el informe que sobre estas poesías dió el señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos; pero también, sirviéndonos de esa misma autoridad, diremos que las obras del Arcipreste tienen toda la recomendación que permitían el siglo y la materia en que fueron escritas, pues no solamente sirven para el estudio de nuestra lengua y poesía vulgar, sino también para el de nuestra historia civil, á la que tan particularmente pertenecen las costumbres, usos, estilos y ritos de los siglos pasados.

No es, pues, de sentir «que un hombre de tanto ingenio naciese en siglo tan rudo», como algún notable crítico ha sostenido; sino que, por el contrario, y aparte de la invención, agudeza y donaire, que tan en alto grado poseía y tan bien podemos aprender en él, señala en su tiempo el altísimo vuelo á que llegó el genio español, las preciosas riquezas que desde los principios distinguen y evaloran el habla castellana; los inesperados adelantos que entre nosotros habían hecho los estudios teológicos, científicos y artísticos y lo fácil que es en nuestra patria encontrarse con ingenios eminentes, aun en siglos de rudeza, por más que, durante largo tiempo, hayan estado oscurecidos y todavía se pretenda arrebatarnos esas glorias inmarcesibles y espléndidas que causan la admiración de todos y la envidia de no pocos.

Estoy segurísimo de que sin esfuerzo alguno llegareis á concederme la dificultad que encierra el trabajo de comparar al Arcipreste de Hita con Rabelais; porque si el establecer paralelos entre escritores pertenecientes á distintas nacionalidades es siempre penosa y delicadísima tarea, ya que en todos los casos no se pueden acallar las exajeraciones del patriotismo mal entendido, cuando no el acicate de la rivalidad y de los mortificantes celos, es más difícil todavía, si una de las partes niega á la otra el agua y el fuego,

si la despoja de toda originalidad literaria y á lo sumo llega á concederle la inventiva para el desarreglo, la hinchazón y el contagioso mal gusto. Preciso es confesar, sin embargo, que no todos los críticos extranjeros y constantemente han empleado ese lenguaje depresivo para con los ingenios castellanos; que entre ellos hay quien dice, como Florian, «los españoles han sido nuestros maestros en literatura, después hemos logrado aventajarlos, pero es preciso no olvidar que ellos nos guiaron»; cierto que Voltaire confiesa sernos en Francia deudores de la primera tragedia interesante y la primera comedia de carácter que ilustraron su teatro y que en otros géneros se nos ha reconocido significación envidiable; pero cuando vemos desconocer el mérito que al príncipe de nuestra lírica Fr. Luís de León le corresponde como poeta; cuando se llega á decir del primero de nuestros épicos, que en un solo lugar está por encima de Homero y en todo lo demás se encuentra por bajo del menor de los poetas, pudiéndose afirmar de su obra que es más salvaje que los araucanos, á quienes retrata; cuando se toman sin escrúpulo de nuestro teatro la *Nise lastimosa*, el *Amo criado*, el *Heraclio*, *No siempre lo peor es cierto*, el *Palacio confuso*, *el Cid*, *la Verdad sospechosa*, *El desdén con el desdén*, *el Convidado de piedra* y tantas más como enriquecen el teatro francés, sin que se nos cite y aplauda; cuando vemos á Boileau lanzar sus rayos contra el teatro de Lope, Calderón y Moreto, y oímos asegurar que los poetas españoles han sido en todo tiempo el origen del mal gusto, corruptores en la antigüedad de la poesía latina y del siglo XVI en adelante de la italiana; cuando, por último, se pregunta arrogantemente á los hombres doctos del mundo por boca de Mr. Masson ¿qué se debe á España? Dos, cuatro, diez siglos há ¿qué hecho por Europa?, desconfiamos de que esa apasionada crítica esté dispuesta á hacernos justicia en un determinado punto; de que no se tomen por acentos del amor propio y de la parcialidad los merecidos elogios que otorgamos á un escritor eminente, por más que pese sobre su cabeza el pecado original de haber nacido en España, y mucho menos de que se nos conceda la indisputable superioridad que encontramos en el Arcipreste de Hita, cuando se le compara con el sarcástico Rabelais, ya que el acendrado patriotismo del gran pueblo á que el último pertenece le impide declararse inferior en nada, ó admitir siquiera la más ligera competencia en la comunicación y relaciones de todo género que sostiene con los demás pueblos del mundo. Esto, sin embargo, no ha de ser parte para que yo desfigure los hechos, ó amengüe la legítima gloria que al cura de Meudon corresponda; pero tampoco ha de coartarme en mi propósito de ofrecer los rasgos capitales del uno y del otro, para que vosotros mismos pronuncieis el fallo.

No es Francisco Rabelais de los que más cuidado han puesto en ocultar las disolventes ideas que bullían en su cabeza, ni de los que, en gracia del arte y de las buenas costumbres, emplean formas y lenguaje adecuados á la obra literaria, sino que, prescindiendo de la dignidad propia del genio y del filósofo, traspasa los límites de toda verdad para encenagarse embriagado en las groseras pinturas de lo sucio y de lo inmundo.

La principal de todas sus obras, la que le ha hecho célebre, aunque con la triste celebridad que acompaña siempre al escándalo, y por la cual le estudiamos nosotros hoy, es la *Historia del gigante Gargantúa y Pantagruel*, su hijo; y bien podemos decir, que si alguna vez se asemeja en los medios artísticos á los que emplea nuestro poeta Juan Ruiz, difiere por completo en el fondo de doctrina, en la intención y en la nobleza de sentimientos.

Todavía no se han puesto de acuerdo los críticos franceses al determinar si esta obra es enteramente original del Cura de Meudon ó si apoyó su narración en las *Grandes é inestimables crónicas del gigante Gargantúa*, que cita Rabelais en el prólogo puesto al libro primero de su *Pantagruel*. Y aunque hay muchas y respetables opiniones que se inclinan á lo primero, otras, entre las que se halla la de Mr. Charles Brunet, autoridad de gran peso en la materia, afirma que se conocía y estaba publicada una novela relativa á ese personaje, y que es la que indudablemente sirvió de base á la *Crónica Rabeliana*. No era la noticia dada por Mr. Brunet una vaga especie echada al acaso, sino que efectivamente se ha descubierto un cuento con el título de *Las grandes é inestimables crónicas del grande y enorme gigante Gargantúa, en la cual se contienen su genealogía, la grandeza y fuerza de su cuerpo, los hechos que realizó en defensa del Rey Artus, etc.*, en la cual se nos refiere, que queriendo el famoso encantador Merlin proporcionar al Rey Artus un defensor invencible, procreó allá en una montaña de Oriente, y gracias á secretas operaciones mágicas, dos grandes gigantes, llamados *Grant-Gosier* y *Galemelle*, que á su vez engendraron al enorme Gargantúa, nombre procedente de un verbo griego, que tanto quiere decir como «tú eres un hermoso hijo», y que fué la exclamación lanzada por su padre al verlo. Al mismo tiempo creó el sabio Merlin una yegua de proporciones tan enormes, que solamente la cola medía doscientas brazas. Cabalgando sobre tamaño animal los padres de Gargantúa y éste, que había llegado ya á la edad de siete años, se dirigían á la Córte del Rey Artus, según lo prevenido por Merlin; pero al atravesar los bosques de Champagne y otros, empezaron las moscas á molestar la cabalgadura de tal manera, que se vió en la necesidad de hacer uso de su cola, con la cual derribó todos los árboles del contorno, sin que

uno siquiera llegara á quedar en pié. Grant-Gosier y Galemelle se sintieron atacados de una fiebre continua, que los llevó á mejor vida, por no haberles administrado á tiempo una conveniente evacuación.

Entristecido Gargantúa por esta doble pérdida, se dirige á París con propósito de distraerse, y se sienta en una de las torres del templo de Nuestra Señora, dando con sus piernas en la ribera del Sena; pero al ver las campanas de aquella Iglesia, que son las más grandes y pesadas de toda Francia, las arranca sin dificultad alguna, dispuesto á colocarlas en el cuello de su yegua, como si fueran cascabeles; entonces los parisienses, que estaban llenos de estupor, admirando aquel coloso, le rogaron que las restituyese al primitivo lugar en que se hallaban, dándole en cambio para su comida trescientos bueyes y doscientos carneros. Marchóse en seguida Gargantúa á la orilla del mar, y allí se encontró con el sabio Merlin, que en una nube lo condujo á Inglaterra para que ayudara al famoso Rey Artus, vencido durante una semana en dos batallas consecutivas. Con efecto, Gargantúa se presta á ello sin dificultad, y haciendo uso de una enorme maza, que el mismo Merlin le había fabricado, arremete contra los enemigos del Rey Artus con tal brío, que éstos se vieron en la dura necesidad de confesarse vencidos y de pedirle su gracia. El monarca correspondió á los favores de Gargantúa, ofreciéndole una espléndida comida, en la que se le sirvieron, entre otras muchas cosas, los jamones de cuatrocientos puercos, y regalándole vestidos tan de su gusto, que se consideró remunerado muy suficientemente. Después ayudó á su señor en otra guerra que los Holandeses é Irlandeses le promovieron, y en ella hizo tales y tan calificadas maravillas, que sólo en la última batalla mató cien mil doscientos diez enemigos: libró también al país de un gigante que trataba de vengar los desastres sufridos por los Magos, y, cuando había cumplido ya el servicio del Rey Artus doscientos años, tres meses y cuatro días exactamente, fué encantado con otros personajes que todavía le acompañan.

Esta es la sencilla narración que contiene la novela primitiva referente á Gargantúa. Ahora bien: prescindiendo de si Rabelais la inventó ó nó, lo que á nosotros nos importa tener presente es que su novela satírica versa sobre este personaje, pero dando á su nacimiento, educación y hechos nuevas tintas y desconocidos perfiles.

Ni la desmedida extensión de la obra, ni la brevedad que el tiempo me impone, consienten que yo os haga siquiera un ligero resumen de ella. Solamente señalaré algunos de los trazos más notables para que sirvan de base á nuestro juício. Ni tampoco me es posible empeñarme en descifrar con exac-

titud cuáles sean los personajes á quienes se refieren las alusiones diversas que en ella encontramos; como imposible ha sido á los críticos que en esta tarea se han ocupado con un verdadero afán. Quién supone que Gargantúa representa á Francisco I; quién ve tras de ese nombre á Enrique de Albret; Grant-Gousier es Luís XII, según unos, y Juan de Albret, según otros; Pantagruel, dicen muchos, retrata á Antonio de Borbón, mientras que no pocos hallan á Enrique II en esa figura; y Panurgo, que sin disputa se puede calificar de uno de los personajes más interesantes y originales de la Crónica, representa al Cardenal de Amboise, al Cardenal de Lorena ó á Juan de Montluc, según el distinto criterio con que se interpretan sus palabras, dichos y hechos. Picrochole, el rey de Lerné, que hace la guerra á Grant-Gousier, es ya el Duque de Saboya, ya Fernando de Aragón; y colocados los críticos en este terreno de las interpretaciones, frecuentemente arbitrarias, se ha dado significación especial á cada una de las figuras que aparecen, pretendiendo que Antioche, representa á Roma; la asamblea de los Lanternois al Concilio de Trento, Fredons á los jesuítas, Her Trippa á Enrique Cornelio Agripa, Hippotadée, al confesor de Francisco I; la yegua de Gargantúa, á la Duquesa d'Etampes; l'Unique, al Papa; Thaumaste, al Rector de la Universidad; y así todas las otras, por más que, como dije anteriormente, estas personificaciones sean fantásticas para muchos.

Igual dificultad han encontrado siempre los críticos, al interpretar cualquiera de los pasajes de esta singularísima composición. Rabelais, por ejemplo, se burla, poniendo sus palabras en boca de Thaumaste, de la vanilocuencia de aquellos que disputan por disputar, y de la necedad de cuantos asisten á las discusiones y las aplauden, diciendo Thaumaste al concluir: «Es cosa demasiado vil, y yo la dejo á los sofistas morales que en sus disputas no buscan la verdad, sino contradicción y debate». ¿Y cuáles son los sofistas á que se refiere Rabelais? Hay quien dice que el conde de Dolet, fogosísimo protestante; otros, que hace una grosera caricatura de los teólogos católicos, y la mayor parte, que pinta á los doctores de la Sorbona. En la disputa por signos que introduce Rabelais, encuentran algunos el propósito de ridiculizar la pretendida ciencia de los nombres, introducida por Bedé; otros creen que se trata de la conferencia de Cambray, entre el Cardenal de Tournon y Tomás Moro, en la cual se habló mucho y no se hizo nada; no falta quien vea representados á Erasmo ó á Enrique Cornelio Agripa, y hasta se sostiene que la alusión va directamente á los Trapenses, ó á los antiguos Pitagóricos.

Pero si en todas estas cuestiones de poca importancia relativamente

hay dudas y puede haberlas con fundamento, no se tendrán nunca en lo que respecta á las ideas y doctrinas desenvueltas, ni en la calificación que sus formas merezcan, por ninguna persona que con verdadera imparcialidad examine una y otra cosa.

En efecto, en el capítulo primero, que trata de la genealogía y antigüedad de Gargantúa, parodia las de Ntro. Señor Jesucristo, haciendo gala de su impiedad en forma tan destemplada y cínica, que dice bien claramente todo lo que en este punto podía esperarse del resto de su obra. La gestación del héroe en el vientre de su madre Galemelle y la descripción que hace de su nacimiento están pintadas con una frase tan grosera y un lenguaje tan indigno, que no lo resistiríamos en la obra más realista de nuestros tiempos; los colores y corte empleados en el vestido de Gargantúa, la adolescencia de éste, sus entretenimientos y la manera en que su padre descubrió el espíritu maravilloso que había de distinguirle, le dan ocasión para decir tales chocarrerías, que ni siquiera atenuadas se pueden reproducir; la instrucción en letras humanas que se le proporciona por un teólogo, su llegada á París, los discursos que los doctores de la Sorbona le dirigen para rogarle que vuelva á su sitio las campanas de la iglesia de Nuestra Señora, y la instrucción especial que recibió de estos mismos doctores, todo ello va encaminado á ridiculizar y escarnecer la ciencia, la educación, las personalidades más respetables y cuantó el acaso ponía al alcance de su pluma venenosa. La guerra entre los habitantes de Lerné, á las órdenes de su Rey Picrochole, contra Grant-Gousier y los suyos, es el pretexto que toma Rabelais para descargar sus iras sobre los reyes y caballeros; dándonos, por último, en la fundación de la Abadía de los Telamitas, en sus reglas, costumbres y ocupaciones pruebas evidentes de la malquerencia, ó mejor diré, del odio reconcentrado que el antiguo benedictino tenía en su alma para los inofensivos compañeros de su juventud.

Pero si impío, obsceno y desenfrenado contra todo lo que es digno de respeto aparece el Cura de Meudon en el libro primero de la Crónica Gargantúa, todavía se presenta más cínico y repugnante en los cuatro subsiguientes que tratan del gran Pantagruel. El capítulo primero examina el nacimiento de éste, hijo de Gargantúa, y dice que va á seguir la costumbre de todos los historiógrafos, como hicieron los griegos, los árabes y los autores de las Santas Escrituras. En seguida se mofa del misterio de la Encarnación, y salpica su relato de rasgos tan nauseabundos y desvergonzados como sólo podían ocurrírsele al *Bufón de la reforma;* rasgos que van constantemente en aumento, así cuando describe las costumbres y hechos de Panurgo, que, se-

gún tenemos dicho, es un personaje capitalísimo de su obra, como cuando éste nos dice los procedimientos que debían usarse para fabricar las murallas de París en manera tal que nunca pudieran destruirse. También nos refiere en este lugar cómo un gran clérigo de Inglaterra quiso disputar con Pantagruel sirviéndose de signos, y fué vencido por Panurgo, cuyos capítulos reproducen exactamente el apólogo que el Arcipreste de Hita nos da bajo el título del doctor de Grecia y de Ribaldo Romano. Refiérenos además los amores de Panurgo con una dama principal de París, empleando para describirlos lenguaje y figuras chavacanas, y relatando, por último, numerosas y variadas aventuras, que le facilitan el terreno para recorrer y herir las distintas clases sociales, y que yo no reproduzco aquí por sacaros pronto de ese fétido cuanto cenagoso campo, y porque lo dicho basta ya para apreciar toda la desvergonzada malicia de esta composición funestísima, del mismo modo que las rufianescas é inmundas formas con que al público se ofreció. Sólo diré, en resumen, que no hay nada divino ni humano que no escarnezca y sea blanco de sus tiros: lo mismo se burla del misterio de la vida futura, al hacer la relación de Epistomene resucitado, que ataca con saña el celibato, la abstinencia y la castidad; lo mismo ridiculiza el matrimonio y los votos monásticos, que defiende las mayores aberraciones, haciendo gala de una libertad sin freno; para él no hay nada respetable en el mundo: ni el Papa, ni el Rey, ni el Caballero, ni el Obispo, ni el poeta, ni la mujer, ni nadie, porque nadie se libra de sus virulentos sarcasmos ni de las sangrientas y despiadadas burlas que á su enferma imaginación se le ocurren.

Es verdad que en este descosido cuadro de impiedades, de obscenidad y de bufonadas de todo género, hace Rabelais un verdadero derroche de ingenio, de erudición y muchas veces de gracia; pero el deleite que en alguna ocasión nos proporciona su lectura es el mismo que experimentamos al escuchar la aguda é ingeniosa frase que de vez en cuando se ocurre al pobre demente, y que hace más sensible todavía la triste condición de su perturbado espíritu.

¿Y es este el ponderado escritor, cuyas obras se citan como un modelo en el género satírico, diciéndose de él que está muy por encima de nuestro Arcipreste de Hita, Juan Ruiz? ¿Podrá defenderse seriamente que las ideas, doctrinas y enseñanzas vertidas por el uno y por el otro en sus respectivas obras tienen algún punto de contacto? ¿Será permitido afirmar todavía, como lo hizo el Conde de Puymaigre, que el Arcipreste de Hita no puede aparecer á nuestros ojos sino como una especie de Rabelais, como un Rabelais menos francamente cínico que el suyo, como un Rabelais hipócrita, hecho prudente

por el tiempo y el país en que vivió? ¿Será, en fin, nuestro poeta un escritor descolorido ó un satírico vergonzante, indigno de figurar al lado de tan gran maestro?

Si no estuviéramos acostumbrados desde antiguo y en todos los órdenes á escuchar la injusticia con que se nos trata por nuestros vecinos, diríase que habían sido extraviados en esta ocasión por un disculpable patriotismo que les impidió ver claramente el fondo de las cosas, atentos tan sólo al ingenio, erudición y novedades de lenguaje que en su compatriota encontraron. Pero cuando no se satisfacen con prodigarle toda clase de elogios, sino que quieren levantar más y más su pedestal, rebajando las figuras de todos aquellos que con él tienen alguna relación, es preciso dejar bien deslindados los campos y decir en voz muy alta, para que se nos oiga alguna vez, que nuestro Arcipreste de Hita es infinitamente superior al sarcástico Rabelais, ya nos fijemos en el fondo de sus composiciones, ya en los medios artísticos que utilizan, ya finalmente en los rasgos morales que los caracterizan y en la vida respectiva que el uno y el otro llevaron.

¿Y será necesario detenerse mucho tiempo en este paralelo, después de haber indicado lo más saliente de sus obras? Ciertamente que nó. La primera de todas las exigencias en una producción literaria,—reconocido está por todos, además de haberlo dictado la razón y el buen sentido,—es que su asunto sea digno del valor estético que como producción artística debe alcanzar. Y si en determinadas ocasiones, según acontece en la sátira, tiene el ingenio fueros y preeminencias desusados, es en cuanto no traspasan los sacrosantos derechos que á la virtud, al bien y á la verdad corresponden. Pues bien, señores; como recordareis, por lo que al hablar de Juan Ruiz hemos dicho, éste endereza sus esfuerzos y afanes todos á colocar sobre base solidísima las fundamentales ideas de religión y de moral, que son el cimiento de toda sociedad constituida de una manera posible. En su deseo de no menoscabar estos saludables principios, protesta una y mil veces de su buena intención y los pondera y fomenta á cada paso hasta el punto de cortar con frecuencia el hilo de su narración para hablarnos de los estragos que su deficiencia ú olvido producen, ó para tratar de inculcarlos, aunque á veces lo haga cansada é impertinentemente. La salvación del alma y la felicidad eterna están vinculadas á nuestra fé; la tranquilidad de conciencia y el bienestar de la vida dependen de que obremos conforme á lo que pide la moralidad; y cuando de ella nos desviamos, nos sucede lo que aconteció á los que perdieron su cuerpo y su alma por encenagarse en el vicio, ó porque, débiles y tornadizos, despreciaron las gracias que habían de santificarlos.

¿Puede darse una enseñanza más pura ni que más conforme esté con lo que el bien y la virtud tienen derecho á pedir? ¿Y qué es lo que, por el contrario, nos predica Rabelais? ¿Es el amor, es la caridad para con sus semejantes lo que guía la pluma de aquel sacerdote indigno y prostituido? Nada más lejos de su ánimo que moralizar, ó que avisar de los peligros y enseñar el medio de precaverlos: su propósito no es otro que el de destruir todo lo que en su tiempo existía; el de hundir la autoridad; el de infamar cuanto hasta entonces había sido venerable; el de hacer perder la fé en las antiguas creencias; el de arrancar del corazón las consoladoras esperanzas, y presentar el mundo por su lado defectuoso y ridículo, borrando las grandezas y heroismos de que el hombre es capaz, para que no se destaque otra cosa que las debilidades y flaquezas del sér humano, quedando convertidas en vanas palabras la inocencia, el candor, la generosidad, la grandeza de alma, la piedad y todas las demás virtudes que con sus fragantes aromas tienen la misión de purificar el aire que respiramos y librarnos con sus destellos y esplendores de ver los tristes cuadros que desgraciadamente ofrece á menudo la naturaleza humana, caída y enferma.

En efecto, Señores, que Juan Ruiz y Rabelais no pueden compararse por las ideas que desenvuelven ni por la intención que al escribirlas les anima, como no pueden compararse el águila, que vuela hácia arriba para ver de cerca el sol y para bañarse en sus rayos, con el inmundo roedor, que en húmedo y lóbrego paraje persigue constantemente su alevosa y menguada obra destructora.

¿Pues qué diremos respecto á los elementos externos de que el uno y el otro se sirven? Preciso es reconocer que en este punto llega el genio de Rabelais á una altura extraordinaria. Uno de sus más ilustres compatriotas les llama á él y á Calvino «los padres de nuestro idioma»; y en efecto que Rabelais enriqueció la lengua nacional con giros y bellezas tales que nunca hasta entonces se habían conocido, y que fijaron, por decirlo así, el patrón á que tuvieron después que ajustarse los buenos escritores. Entre todas las cualidades que distinguen la Crónica Gargantúa, se halla una flexibilidad singularísima que le permite pasar sin violencia ni trabajo alguno de lo más noble á lo más familiar y bajo; una habilidad *sui generis* para narrar con exactitud y propiedad, y el empleo de las palabras oportunas, según lo exige la naturaleza de los asuntos. Pero junto con estas apreciabilísimas dotes, ¡qué palabras tan groseras para nombrar las cosas! ¡qué repugnante obscenidad en el lenguaje empleado por los interlocutores de su novela! ¡qué irreverencia al describir las cosas y las personas! No puede leerse una página

entera de sus escritos sin que se sienta asco y se sufran náuseas al ver que la podredumbre traspasa al exterior y mancha las vestiduras.

Y si ya no nos fijamos en el lenguaje solamente, sino en los demás recursos que utiliza para descubrir sus ideas, ¡qué falta de benevolencia y honradez no revela ese insensato afán de reirse siempre de las miserias ajenas, y reirse eternamente, sin ofrecer el remedio una sola vez siquiera! ¡Qué falta de dignidad no acusan los elogios que hace Rabelais de la divina botella, y en los cuales aparece como un bebedor efectivo y enviciado, que antepone esta afición á todas las otras! En muchos pasajes emplea la abundancia inagotable, estéril y cansada de un hombre verdaderamente avinado, según la frase de uno de sus más ilustres compatriotas; y, como él mismo nos dice, tenía costumbre de escribir no solamente antes, sino también después de beber, y nunca llegó á comer sin antes haber bebido como un buen amigo de Baco.

Pues en cambio, nuestro Arcipreste de Hita, sobre poseer casi todas las relevantes condiciones que en el lenguaje de Rabelais acabamos de ponderar, emplea elementos artísticos de corte tan diverso, que bien podremos calificarlo de contrario. ¿Qué importa que haya un Puibusque, compatriota del cura de Meudon, que al pronunciar su juício del Arcipreste de Hita nos dé pruebas de imparcialidad y desapasionamiento semejantes á la que sigue: «Juan Ruiz arroja la sátira á manos llenas en uno de los libros más indigestos que han aparecido en la infancia de las literaturas; es inútil buscar el asunto en este confuso amontonamiento de poemas, sin orden y sin ilación, que empieza en «el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, mezcla fábulas, ejemplos, cánticos, invocaciones á D.ª Venus, himnos á la Virgen, escenas de amor, cuadros licenciosos, locuras de todo género y acaba por un sermón?» No importa que un Mr. Sismondi deje de estudiar sus poesías porque no le parezcan bastante interesantes; un Mr. Villemain que ni le cite siquiera, ó un Mr. Viardot que, á vueltas de grandes elogios, diga de él que encuentra en sus obras la maligna franqueza de un verdadero escéptico. Sobre todas esas gratuítas é injustas acusaciones está el poema del Arcipreste, que ya conoceis; está la riqueza y variedad que supo dar al lenguaje poético; está la galanura y gracia que empleó al describir, la facilidad y soltura con que manejó los distintos metros que entonces se conocían, y esto en un período de verdadera rudeza y casi un siglo antes de que apareciera en el mundo Rabelais.

Por otra parte, ¿quién puede competir con Juan Ruiz en esa bondad natural que le llevaba á emplear siempre y en toda sazón lo cáustico de su genio y lo humorístico de su condición alegre, á atacar el vicio y el pecado,

respetando, sin embargo, las personas y rindiendo tributo á aquel antiguo precepto que se dictó para el escritor satírico: *Parcere personis, dicere de vitiis*. ¿Quién, como él, se complace en ponderar la virtud de la mujer fuerte, cuando en su camino se la tropieza, y sube hasta las nubes la pureza sin mancilla de aquella santa religiosa, que no sólo rechaza los amores profanos, tan hábilmente dispuestos para buscar su ruína, sino que, movida de la ardiente caridad, que es hija del cristianismo exclusivamente, limpia el corazón del lascivo amante de toda impureza, haciéndole consagrarse á Dios con alegría y sin reservas? ¿Quién, como él, tuvo el acierto bastante para ofrecer al vivo cuadros peligrosos y situaciones de color subido, diálogos chispeantes y aventuras escandalosas sin traspasar nunca los límites del decoro ni los fueros esenciales y privativos de la obra literaria?

¿Pero á qué insistir en lo que no puede desconocerse, á no mediar un juício preconcebido ó una resuelta mala fé? Sin embargo, ¿quereis apreciar, como remate, y en un solo golpe de vista, la inmensa distancia que separa á estos dos clérigos? Pues comparad sumarísimamente la vida y hechos de ambos, y no vacilareis un momento en determinar cuál de ellos es el que merece vuestro respeto y simpatías.

Francisco Rabelais, que nació en Chinon en 1483, hizo sus primeros estudios en la Abadía de Benedictinos de Seuillé, ó mejor diciendo, para emplear sus mismas palabras, pasó algunos años de su juventud como los jóvenes del país, «bebiendo, comiendo y durmiendo, comiendo, durmiendo y bebiendo, y durmiendo, bebiendo y comiendo». Entró después en el Convento de Fontenay le Comte, donde recibió las distintas órdenes sagradas hasta llegar al presbiterado en 1511. Ignoramos cuál fuera la causa de la severísima condena de prisión perpetua en los subterráneos del convento, que le fué impuesta; pero ya se debiera al libertinaje de que hizo ostentación en las cercanías del convento, ya á la burla impía de colocarse en lugar de la estatua de San Francisco para recibir adoraciones, ya fuese por otras fechorías de peor especie que también se le atribuyen, ello es que muy á los principios se presentó tal como había de ser en adelante. En 1524 le encontramos con los hábitos de clérigo secular, y á la edad de cuarenta y dos años se va á Montpellier á estudiar la Medicina, profesión que ejercía en público, al mismo tiempo que decía misa, y llevaba una vida tan irregular como eclesiástico, que se le acusó de haber apostatado, temiendo entonces él con fundamento que cayeran sobre su cabeza las censuras eclesiásticas. La muerte correspondió á semejante vida, creyendo unos que murió como un ateo y otros como un escéptico ó como un epicúreo.

Del Arcipreste de Hita, por el contrario, y apesar de las poquísimas noticias conservadas, se sabe que floreció por el año de 1343, que fué un sacerdote ejemplar hasta el punto que nada tuvo que decirse de él en sus tiempos, ni mucho después tampoco, y que si bien fué preso de orden del Arzobispo de Toledo, él mismo protesta de su inocencia, atribuyendo esta resolución del Prelado á calumnias y falsos testimonios. Solamente con fijarnos en que nada perjudicial para su reputación le imputaron sus coetáneos, llegaremos á adquirir el convencimiento de que su nombre debe aparecer sin mancha alguna, porque en la severidad de aquella época y en un país como el nuestro, en que nunca se está dispuestos á perdonar las flaquezas de los que deben dar ejemplo, desde luégo se le hubiera señalado con el dedo, como hombre perjudicial y contagioso.

Pues bien, señores, ¿no es cierto que la vida del uno y del otro corresponde á los frutos que sus ingenios respectivos produjeron? ¿Y cuál de los dos merecerá con justicia el laurel del triunfo, llevándose justamente nuestra entusiasta admiración, el caluroso agradecimiento de la posteridad y las bendiciones de la historia? ¿El que, impulsado por los más nobles sentimientos, llega hasta el sacrificio propio en aras del bien ajeno; ó el que juega dolorosamente con nuestros más caros intereses, el que llena el alma de dudas y desconfianzas, amargando nuestra existencia y sumiéndonos en una eterna desesperación?

He concluido, respetabilísimo Claustro; pero antes de abandonar el elevado sitio en que por vuestra gracia me hallo, permitidme que dirija una palabra á esta esperanzada juventud que nos escucha; que absorta contempla el majestuoso cuadro que hoy ofrece la Universidad hispalense, y que, á no dudarlo, aguarda oir, aunque sea en frase sintética y sin el indispensable pormenor que más tarde le darán sus doctos maestros, el pensamiento común que hacia ella nos anima, las exigencias que en su propio interés le demandamos, los medios más fáciles y seguros que habrá de poner en práctica para arribar sin desmayos á la deseada ciencia.

¡Ah, jóvenes estudiosos, que á vosotros tan sólo me dirijo! Yo podré deciros, recordando la frase del divino Platón y aplicándola al caso presente, que si todo lo bello y bueno es realmente difícil, ninguna belleza creada, por elevada y magnífica que sea, puede compararse en sus esplendores con la ciencia verdadera, destello vivísimo de la palabra eterna y deliquio no

soñado que el dedo de Dios puso á las aspiraciones y anhelos de nuestra alma; y, que si tal es el rango que á la ciencia corresponde, las dificultades para alcanzarla son de todo punto insuperables, si una mano experta y bienhechora no separa las malezas que nos la ocultan, si el sacerdote de esa divinidad, henchido de amor por sus semejantes, no nos muestra el secreto que abre las puertas de su grandioso templo. Pues bien, amadísimos jóvenes; nosotros, por nuestra fortuna y vocación, somos los encargados de franquear ese divino santuario, en cuya ambicionada jerarquía ocupareis mañana quizá lugar más preeminente que el que nosotros hemos logrado. Pero creedlo: esa será nuestra mayor gloria y orgullo; ese el empeño que nos alienta: esas las legítimas aspiraciones de nuestra conciencia, y á ese fin han de ir encaminados nuestros esfuerzos todos, sin que nos venza jamás el desaliento que producen ora la ingratitud, ora la amarga injusticia.

Mas si tales son de nuestra parte los inquebrantables propósitos que de consuno forjan la obligación, el deseo y la propia dignidad, de la vuestra se reclama en justa correspondencia el trabajo asiduo, la perseverancia en el empeño y aquella saludable docilidad tan precisa de suyo para lograr los nobles fines de la enseñanza. En estos tiempos en que por todas partes se entonan á la razón descompuestos ditirambos, en que se la proclama soberana por su poderío é ilegislable por sus preeminencias, es cuando más necesitais preveniros contra sus extravíos y flaquezas, cuando más falta hace escuchar la voz del práctico que sabe evitar los bajos escondidos y los temibles escollos. ¡Ah! que la razón humana, como destello que es de la divina, se ensancha y perfecciona y ennoblece, sometiéndose á la verdad increada; y en cambio, cuando de ella se desvía, atrasa, yerra, enflaquece y muere. La ciencia, por la razón sola formada, desvanece el entendimiento, secando á la vez el corazón, mientras que, cuando sigue el camino derecho que Dios ha querido, y que vuestros maestros os trazarán, descubre horizontes indefinidos y proporciona placeres tan puros como la verdad y tan dulces como la hermosura. Huid, por consiguiente, de las asechanzas que os prepararán el mal y el error, brindándoos á deshora autonomía, ciencia y desenfrenada libertad; que esos son los cantos de la sirena, las voces á que desdichadamente dieron oídos nuestros primeros padres, perdiendo por ello la primitiva gracia y privando de esta divina herencia á sus míseros descendientes.

Con la prudente dirección de vuestros naturales guías, con la labor constante y meditada á que desde luégo os invitamos y con la docilidad del que, sin pretensiones ridículas y extemporáneas, sigue al que por su edad y su experiencia está encargado de dirigirlo, habreis logrado cumplidamente

vuestro objeto, siendo una legítima esperanza para la sociedad y para la patria, hoy más que nunca necesitada de grandes caracteres, que brillen por virtudes eminentes y que sepan arrostrar los desdenes y las injusticias del mundo con la entereza del que sólo busca el bien y la verdad por sí mismos, importándole poco del aplauso y del lauro no concedidos, ya que nada proporciona tanta paz y tranquilidad como el cumplimiento del deber y aquella convicción íntima y honrada de Alonso de Ercilla al terminar su magnífico poema:

Y aunque más inste la desdicha mía,
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten, no en tenerlas,
Sino en solo arribar á merecerlas.

He dicho.